

# **ECOCUENTOS**

© SOLEDAD GASMÁN, 2015

© Ediciones Altazor, de esta edición año 2015

Valparaíso 694, local 14

Teléfono (56-32) 271 1391

Viña del Mar/Chile

editor@altazorediciones.cl

www.altazorediciones.cl

ECOCUENTOS

Registro de Propiedad Intelectual No 260.859

isbn 978-956-9205-66-8

Derechos Reservados

Producción editorial: Altazor [ediciones&diseño]

Ilustración de portada: Niños de la Escuela El Patagual

Impreso en Chile | Printed in Chile

# **ECOCUENTOS**

Soledad Gasman

## ÍNDICE

La casa de Rubén	6
La cola de Super Can	11
Las cambiaditas	15
Dos planetas gemelos	21

## LA CASA DE RUBÉN

–Bueno... ¡ya! Vamos a la playa. Dijo la mamá de Rubén. Pero... apenas vuelvas a la casa haces la tarea del domingo– advirtió.

–¡Bravo! Sí, sí, apenas vuelva a la casa, te prometo...– gritó el niño. Corrió a su pieza a buscar su mochila y de puro contento se puso a hablar solo: voy a ver el mar, voy a jugar en la arena, voy a tirarme piqueros...

–Mamá, ¿dónde está mi traje de baño...?–

–Chao, casita, vuelvo en la tarde– se despidió Rubén, mirándola con cariño y se alejó por Bellavista hacia el Troncal.

–Ja, ja, já– se reía a carcajadas la casa de Rubén, dando brincos de contenta. Sus paredes se inflaban y sonaban como

un tambor y entre el ajetreo de la salida nadie la escuchó.

Al ver que el niño se alejaba, la casa crujió como las hojas de otoño al pisarlas. Luego se estiró como un globo. Emitió un sonido parecido a un bostezo y sus dos puertas como dos tentáculos hicieron fuerza contra la tierra hasta soltar los muros y las cañerías de los cimientos. Una vez libre la casa, dio un saltito a un lado y luego al otro, igual como hacía Rubén cuando jugaba a la pelota en el patio ¿Imaginan una casa moviéndose así? Piensen lo contenta que debe haber estado de poder hacerlo, ¡después de toda una vida inmóvil! Saltaba libre cuando sus ventanas estiraron la mirada, primero hacia la izquierda, y luego hacia la derecha... ahí estaban sus vecinas, sus amigas:

–Vecina, vámonos de paseo, mira es fácil...– La casa de la derecha la miró indiferente, dio un rezongo y no se movió.

–Vámonos con Rubén a la playa, amiga. Mira, nosotras también podemos saltar y correr– trató de entusiasmar a la del otro lado, pero esa vecina tampoco quiso imitarla. Entonces, convirtió en ruedas las cañerías, avanzó hasta el Troncal,

subió la pasarela y las miró desde arriba: allá estaban pegadas a la tierra como siempre. Las llamó agitando puertas y ventanas y no se movían. Hizo el sonido del tambor. Nada.

–Si no quieren venir, me voy sola– dijo parpadeando con pena, pero rápidamente la pena pasó, y al volver a agitar sus puertas y ventanas se dio cuenta que empezaba a elevarse con el viento. Sus cañerías se plegaron como las ruedas de un avión y emprendió vuelo en dirección a la costa. Planeando como un pájaro, con el frontón y el techo estirados, mirando hacia adelante como la proa de un barco, atravesó Peñablanca y luego Villa Alemana y... ¡no imaginan qué pasó!

–No te apures tanto, déjame alcanzarte– le gritaba una de sus amigas. Su alegría fue tan grande que casi se vino abajo. Planearon juntas en el aire tibio del cielo, riendo. Los pájaros las miraban, se veían tan contentas avanzando como la espuma de las olas, como el humo, como las hojas caídas cuando el viento las lleva.

–No vayan tan rápido– escucharon luego. La otra vecina traía sus ventanas y las aguas del techo girando arriba de su

cumbrera, como las hélices de un helicóptero.

Las tres amigas se unieron en el aire. Volaban como una bandada de tordos. Subían, bajaban, planeaban, se alejaban unas de otras para volver a juntarse, hasta que divisaron una gran mancha azul: ¿sería ese el mar?...

–¡Mira qué pájaros tan raros vienen volando!– dijo Rubén mostrándole a su mamá.

–Parecen marcianos– contestó ella. –¿Marcianos?– preguntó Rubén sin soltar la pelota. De pronto, los tres pájaros descendieron y se posaron en

la arena. Rubén se vio rodeado, dejó de jugar y observó cómo ellos plegaban sus alas, crujían y se convertían en...

–¡Es mi casa... mí casa!– gritó Rubén a todo pulmón. Mi casa se vino tras de mí!– saltaba y corría.

–¡Y sus amigas también!– le contestó su mamá y observó como las olas empezaron a hacerse más grandes y el viento más fuerte. Las ventanas bien abiertas miraban las olas por

primera vez. Escuchaban el mar y respiraban el aire marino. Rubén, entretanto, corría por toda la playa.

–Vengan a ver, es increíble...– Rubén reía e invitaba a los otros niños.

–Mi casa se ha venido volando, la tienen que conocer–

Al poco rato había un montón de gente observando. Entonces Rubén, orgulloso abrió la puerta de su casa, llegó a su pieza y se acordó de lo que le había prometido a su mamá: cogiendo un lápiz y un cuaderno dibujó primero un gran pájaro multicolor y luego comenzó a escribir:

*Ese domingo, la casa de Rubén salió a pasear...*

## LA COLA DE SUPER CAN

A la casa de Perico llegó una perrita callejera en mitad de un invierno lluvioso. Y como la casa de Perico era de esas pegadas a la vereda en el Patagual, la perrita se echó debajo de la puerta de entrada. Cuando Perico salió a la escuela esa mañana, la encontró entera mojada y redondita, ovillada como un milpiés.

–¡Mamá, mamá hay un perro en la puerta! yo creo que es una perra, es muy bonita, está toda mojada, ¿la habrán venido a botar?– largó Perico de un tirón.

La mamá le contestó que el perro ya se iría y que esperara el bus adentro. Pero Perico la dejó entrar. La acomodó debajo de su cama, la tapó con una alfombra y cerró la puerta de su pieza.

En la tarde cuando se bajó del bus, corrió a verla... y cómo sería su sorpresa, adivinen qué había pasado... ¡habían nacido once perritos color barquillo, de hocico cuadrado y colita redonda!

Las ideas de Perico giraron en su cabeza como la leche con plátanos en la juguera: ¿qué haría, cómo le diría a su mamá, tendría que sacar los perritos de ahí, a dónde los llevaría? Si los dejaba en la calle se morirían de frío. Si los dejaba entrar se escucharían desde su pieza. ¿Y si lo pillaban...? Él quería quedarse con todos, pero ¿cómo hacerlo?...

–¡Perico, la leche!– escuchó decir a su mamá y fue a tomarsela como si nada pasara, hasta que de pronto se le ocurrió algo:

–Mamá, puedo ir al lado donde mi amigo Ramón un ratito...– y antes de oír el sí y las recomendaciones de que sólo por media hora, salió disparado en busca de su amigo, al que encontró construyendo una nave con cañas del jardín. Después de oír la historia de Perico, Ramón dijo que quería ir a verlos, y los dos niños entraron a la pieza, miraron, tocaron,

olieron y salieron.

–Les tenemos que hacer una casa– dijo muy seguro Ramón. Pero no tenemos con qué, objetó Perico. Ramón le dijo que no tenían que comprar nada, sólo ir a buscar las ramas y cañas que él había traído del cerro. Discutieron dónde levantar la casa y decidieron que el mejor lugar era debajo de la ventana de la pieza de Perico, la que daba al jardín de atrás. Juntaron las ramas secas, las cañas; las pusieron de pie, las apretaron y las amarraron, formando un cuadrado y dejando una entrada amplia. Teniendo los muros de ramas listos, los cubrieron completamente con harto barro húmedo, sólo les faltaba el techo. Ramón había dejado unas ramas que sobresalían de los muros, en ellas amarró dos triángulos de cañas gruesas y en eso estaban cuando escucharon que la mamá de Perico lo llamaba y le preguntaba si había ventilado su pieza

en la mañana, porque venía un olor raro de allá. –¿Qué haremos ahora?– preguntó Perico muy afligido a Ramón, y Ramón que no se dejaba abatir por nada, miró al

cielo y dijo muy serio: –¡Invoquemos a Super Can!–

Ambos miraron al cielo como buscando una cosa perdida y de entre las nubes asomó una cola juguetona que les hizo una señal. En un santiamén los dos niños terminaron el techo con más cañas y barro encima. Abrieron la ventana de la pieza de Perico, sacaron a los once cachorros y a su madre, instalándolos en su nueva casa. Una vez terminada esta tarea, miraron al cielo otra vez y Super Can les mandó otra señal. Confiados, fueron donde la mamá de Perico, quien al ver lo que los niños habían realizado se sonrió intrigada, ¿cómo habían podido hacer todo eso... sin que ella lo notara? Entonces Perico y Ramón volvieron sus rostros hacia el cielo y dijeron a viva voz:

—¡Super Can!— y las nubes del cielo dibujaron una enorme cola que se agitaba con el viento.

## LAS CAMBIADITAS

–Juguemos a las cambiaditas. Tú me traes naranjas y yo te cuento...– me gritó un día el viejo pillo de la quebrada. El que me puso el nombre de ‘preguntón’. Éramos vecinos. Mi papá recién había cambiado de pega. Ahora estaba a cargo de una parcela de naranjas en Lo Hidalgo. Yo tenía como diez años y asistía a la escuela de El Patagual. Como la tele se había echado a perder me fui donde el viejo con un par de naranjas...

–¿Te gustan las historias de aves brujas...?– me preguntó esa tarde, lamiéndose el bigote blanco después de comerse las naranjas.

–¡Sí!– le contesté, aunque nunca había oído de ellas, yo era de ciudad.

–¡Bien! Escucha entonces. Una mañana de verano lle-  
gó una señora con dos hombres y bajaron un par de águilas de una  
camioneta de la universidad... Estaban haciendo una prueba.  
Tomaban águilas pequeñas, se las llevaban desde acá y  
después las venían a soltar a los mismos cerros. Para recono-  
cerlas, las marcaban en las alas. Yo ya sabía. No era la  
primera vez que hacían el experimento y no me gustaba. Mi  
abuelo me había enseñado de chico a ser atento con las aves y  
los animales...

– ¡Ah! Pero... y lo de bruja...–

– Dejaron alejarse al águila hembra y antes de desapare-  
cer, ella me dio una mirada que no olvidaré. Yo estaba detrás de  
un matorral espiando, y me fui derechito detrás de ella. No  
podía dejar de seguirla, como si me hubiera embrujado...

–¿Embrujado?–

–Ésta era muy astuta, buscaba para el lado donde no po-  
dían verla.–

–¿Quiénes?– –¡La mujer esa y los dos hombres!– –¡Ah! Por

lo del experimento— –Sí. El águila hizo como que se iba por el lado del estero

y después cortó para el monte, despacito para que las ramas no se movieran con su paso y yo pudiera seguirla—

—¿Y usted iba detrás?—

—¡Claro! no te dije que me embrujó. Hasta ahora que te estoy hablando me acuerdo de sus ojos—

—Pero, ¿por qué ella hacía eso con usted?—

—Bueno, ahí está la historia. ¡Ella me adivinó los pensamientos! A esa la ayudo para que no la pillen más, me había estado diciendo despacito en la nuca cuando vi que la bajaban de la camioneta... y ¡zaz!: ella me mira y la sigo...—

— Ah... ¿y, cómo la iba a ayudar usted?

—Ya vas a saber. Escucha. Se fue volando al paso para que yo corriera detracito, sin perderla de vista. Estaba joven todavía, sólo medía más que yo con mis dos brazos abiertos...

–¿Así de grande...?– –Sí, así– me mostró sus brazos abiertos. –¿Y por qué son tan grandes...? –¡Oye preguntón me vas a dejar hablar!– me dijo enoja-

do. Es lo que siempre me pasa con los grandes. Ellos me dicen que hablo mucho y a mi como que se me vienen las palabras a la boca y no las puedo callar, así es que apreté los labios y lo escuché.

–De repente, se posó en una roca alta. Empecé a subir y ella comprendió que los de la universidad nos podían pillar allá arriba, entonces bajó a saltos. La llamé. Mi abuelo me había enseñado a hacerlo. Uno se detiene, estira la mano y espera... así...–

–¿No le dio susto que lo picoteara?–

–Claro, tiritaba. Pero hice como si nada y ella se acercó de a poco. Estábamos detrás de un peumo, el olor de las hojas me llegaba a las narices y una bandada de tordos revoloteaba cantando. Uno de ellos la vio y se armó un revuelo grande. Entonces, en un segundo el águila agarró a un tordo y lo en-

gulló. Después regresó a mi lado... Pobre pajarito, eres mala, me dije mirándola. Se hizo la simpática como si me oyera lo que pensaba otra vez y se me acercó más. En ese momento yo estaba tieso de miedo y rabia. No sabía qué hacer. Me había arrepentido de querer ayudarla, pero nuestras miradas se cruzaron de nuevo. Comprendí que ella debía tener hambre igual que yo...— se tocó la guata... y continuó.

—Entonces, se me pasó el susto y el arrepentimiento. Le miré su marca en el ala. Yo sabía que por esa marca la ubicarían los de la universidad y se la llevarían de vuelta para estudiarla.

—¿Y, cómo era la marca?— —¡Déjame seguir, cabro!— —Me acerqué más, los dos mirándonos y le hice cariño hasta que llegué al ala. Me detuve y le pregunté: ¿quieres que te ayude no es cierto? Juro haber visto que su cabeza se inclinaba como la de los tucúqueres. ¡Me estaba diciendo que sí!—

—Pero los pájaros no hablan...— —Ella, hablaba— afirmó muy serio. —Me dejó que tironeara la placa de metal. No fue fácil

sacarla, pero lo pude hacer. Cuando ya salió, le dije que era libre. Que se fuera a volar y que no la podrían encontrar nunca más. Se quedó un buen rato conmigo antes de emprender el vuelo. Nos mirábamos sabiendo que tal vez no nos veríamos más...—

—¿No la vio más?—

— No sé. Lo que te puedo decir es que cada vez que voy al cerro hay un águila que me guía, que adivina lo que estoy buscando. Los domingos que voy de paseo siempre aparece una y me acompaña. Vuela cerca de mí con las alas bien abiertas. Yo la miro y me siento protegido—

—¿Y... yo podría ir con usted?—

—Para eso Preguntón... ¡tienes que venir con muchas naranjas!—

## DOS PLANETAS GEMELOS

¿Sabían ustedes que entre los planetas también hay gemelos?

Yo lo supe ayer, cuando al salir de mi casa, me encontré con un punto luminoso.

Estaba pegado al tronco del nogal de mi patio.

Con sólo mirarlo mi corazón se aceleró, las gallinas empezaron a cacarear, los pájaros sobrevolaban las ramas como polillas y los perros ladraron todos a la vez.

Me acerqué para ver mejor y fue como si un rayo me hubiera alcanzado.

Me parecía que mi cuerpo estaba encendido, pero en vez de alejarme, me dio por acercarme más y más hasta que lo toqué.

El punto luminoso desplegó un papel como esos folletos de hartos dobleces.

Estaba escrito con una pasta brillante y a las letras les salían chispas, como bocas que me hablaban... De repente empecé a escuchar una voz ronca y extraña que decía...

“Venimos de un planeta lejano, hace días que sobrevolamos la tierra pero ustedes no se han dado cuenta. Regresamos de un largo viaje. Nuestro planeta está a años luz de distancia, gira en torno a otro sol. Otra luna le mueve sus mares.

Nos contaron que entre los planetas, ustedes y nosotros éramos gemelos y vinimos a comprobarlo.

Nosotros estamos en una época muy oscura. A pesar de que tenemos muchos adelantos tecnológicos, nuestras ciudades se cubrieron del humo negro y pegajoso que producen los autos y las industrias. El aire es irrespirable y usamos máscaras. Los caminos están sembrados de bolsas plásticas. Las

cosechas han disminuido. Hay desechos de computadores, pañales y toda clase de basura en las quebradas, los ríos y los esteros. El ruido general nos está dejando sordos. Los escombros de cemento, los autos y los aviones viejos ya forman montañas enormes. La tierra está seca y erosionada porque las temperaturas han subido mucho. Estamos enviando a familias enteras a vivir a otros planetas de nuestra galaxia...

Vemos que las cosas son diferentes en la tierra. Ustedes han podido mantener la naturaleza, los animales, las aves.

Este árbol donde pegamos nuestro letrero es frondoso y sano. ¡Qué aire puro se respira acá junto a este árbol! Observamos que la misma casa lo riega con agua que condujeron a través de una pequeña cañería hasta él. Nos gustó mucho esa idea de levantar una casa con muros de tierra y techo de pasto. ¡Si algún día necesitan echarla abajo no habrá escombros de cemento! También nos llamó la atención que la casa use la energía del sol y del viento. Vemos que ustedes protegieron su tierra. Nosotros hace mucho tiempo que dejamos de preocuparnos, nos ha interesado más el avance tecnológico. Pero

nuestro planeta está enfermo. Ya no sabemos cómo recuperarlo...”

Después de leer giré mi cabeza en busca de alguna señal. Siempre había soñado con hacer un viaje interplanetario. Tal vez ésta era la oportunidad, pensé. Además deseé un poco ayudar a nuestros hermanos. La verdad es que lo que más quería era viajar en una nave. Eso es lo cierto. Entonces empecé a darle vueltas en la cabeza a la idea. A pedir que algo me llevara donde ellos. Cerré los ojos. Imaginaba el cielo, las estrellas, a Marte, a Júpiter, al Sol visto desde cerca. Estaba un poco mareado de tanto pedir y apretar los ojos. Pero ocurrió. No me pregunten cómo. No lo puedo explicar. Nuestros gemelos dominan el tiempo. Avancé con ellos como si hubiese estado en un tobogán. Sobrevolamos todos los planetas de nuestra galaxia y después salimos hacia la de ellos. La nave era transparente. Pude mirar y mirar el universo hasta cansarme. Vi los anillos de hielo alrededor de Saturno. Cuando pasamos Plutón me avisaron que estábamos entrando en otra galaxia.

Ésa estaba llena de asteroides, miles y miles de rocas corrían con nosotros... Viajé no sé cuántos años hacia adelante en el tiempo. Cuando llegamos y me bajé de la nave, yo era un señor de esos que saben de todo, los que acá llamamos científicos. Tenía barba, era alto y guatón. Es un poco raro. Yo era yo sin ser yo. Era lo que acá en la tierra quiero ser cuando grande. Un científico que ayuda a salvar la naturaleza, y los pude ayudar lo más bien, aunque están bien fregados por allá. No han respetado su planeta y la están pagando caro. Les dejé muchas instrucciones, manuales de esos que quiero hacer cuando grande y sepa bien de esas cosas. Terminamos y me trajeron de vuelta. Hace un rato viajé hacia atrás en el tobogán y volví a ser el que soy. Este que les habla. Me dio pena bajarme de la nave y dejarlos. Les hice prometer que vendrían otro día por mí. Les dije que todavía les podía enseñar muchas cosas, siendo... grande. Para engancharlos me entienden. Ahora me voy a visitar a mi mejor amigo. Llevaré a mi perro y un puñado de nueces. Seguro que no me va a creer. Pienso volver con él al punto luminoso. Le voy a explicar cómo lo hice. En una de esas somos dos los que de puro desear viajar por el universo lo logramos...